

siones del cuerpo político las esperanzas de su botín. Y todavía claman los descontentos que se les niega la facultad de reunirse para tratar de sus agravios y formularlos en reverentes esposiciones. ¿Qué es ese derecho de peticion que con tanto calor se invoca sino la licencia de asociarse y conspirar contra el gobierno libre é impunemente? La reunion en sí misma ¿no ofrece el inevitable peligro de poner en presencia y en íntimo contacto todas las pasiones, para que á su fuego natural se una el calor que les dá la discusion y el delirio contagioso que de boca de un demagogo pasa rápidamente al corazon de todos? ¿Son otra cosa esas asociaciones que una gran revista que la revolucion pasa á sus afiliados para conocer y medir su fuerza, para hacer sus preparativos, y dar el grito sangriento con la conciencia de su poder y con la seguridad del triunfo? Y se quiere que el gobierno no solo tolere, sino que permita esas maquinaciones, y que acaricie á la serpiente que se prepara para devorarle. Y si solo se tratase de los hombres que actualmente mandan, y que como ha dicho el individuo de la oposicion á quien contesto, no son mas que la figura de un cuadro que cada dia se borra y reemplaza con otra nueva, pudiéramos ser hasta cierto punto condescendientes, y mirar con vista serena su caída entre las risas y los aplausos de sus enemigos; pero se trata de la nacion entera, de su reposo, de la estabilidad de los derechos de todos los ciudadanos, y del sólido arraigo de sus garantías: se trata de la libertad que del mismo

modo muere á manos de la licencia que á las del despotismo. Y al hablar de la licencia, necesario es contestar á cuanto se ha dicho relativamente á la imprenta. La institucion en sí misma es sin duda respetable; pero si los abusos le siguen como la sombra sigue al cuerpo, preciso es cortarlos con mano firme, y no permitir que por sostenner inconsideradamente al principio, se introduzcan los desmanes y el abuso. ¿Puede permitirse una polémica peligrosa que hoy combate los axiomas mas reconocidos, que mañana los ridiculiza haciéndoles objeto del desprecio y del sarcasmo, y que al dia siguiente concluye por derribarlos? ¿Puede permitirse la polémica sobre personas, que franquea el hogar doméstico, que busca al ciudadano en su retiro pacífico, y que allí se entera de sus acciones y aun de sus palabras para denunciarlas despues al público, haciendo revelaciones que á nadie interesan y á todos dañan? Y digo que á todos dañan, porque aunque solo una ó pocas personas sean el blanco de la detraccion, el público entero se acostumbra á los ultrajes que se prodigan á la probidad y aun al pudor, empieza á mirar con tibieza la propia honra viendo todos los dias vulnerada la de los demas, pierde todo sentimiento de moralidad, y concluye por entregarse á un escepticismo y á un abandono funesto que se hace sentir bien pronto en las costumbres. Solon decia que el pais mejor gobernado era aquel en que cada ciudadano perseguia la ofensa hecha á otro, como si él mismo la hubiera

recibido. Siendo así, deberemos concluir con que el país peor gobernado es aquel en que la imprenta pone todas las ofensas en la órden del día, y en que los ciudadanos todos se nutren y saborean tranquilamente con su lectura, entreteniendo sus ocios ó alimentando su curiosidad con las calumnias y dicterios que los periódicos propalan. No hay entre nosotros reputacion que la imprenta no aniquile; no hay hombre público á quien no ataque: y así al lado de la persona, se rebaja, amengua y destruye la autoridad que ejerce, y se logra el objeto de derribar para construir sobre las ruinas, que es siempre el fin de la maledicencia. No hay probidad, no hay virtud por reconocida y proclamada que se halle que no derrumbe por estas malignas propagaciones: pensemos que el mismo Sócrates fué víctima de ellas, y no creamos que hacen menos daño los tiros de la imprenta periódica que habla á toda una nación, que hacian las representaciones dramáticas que hablaban en lo antiguo á la multitud congregada de los espectadores. No se diga por lo tanto que el elemento que hace el daño lo repara despues, y que es como la lanza de Aquiles, que por una parte causaba la herida, y por otra la curaba. El que lee el ataque, tal vez no lee la defensa; y aunque la lea, algo queda en su ánimo de recelo, algo de duda ó de sospecha que aleja é imposibilita la completa vindicacion de una reputacion lacerada. El gobierno es el defensor natural de todos los derechos, y no puede dejar correr tamaños ultrajes; ultrajes que solo deben atribuir-

se á los enemigos de la institucion, porque no pueden quererla los que así procuran desacreditarla.

Pero aquí el orador que me ha precedido ha intentado interesar á las masas con la pintura exagerada de su miseria puesta en paralelo con las riquezas y comodidades que otros disfrutaban. ¿Qué es esto? ¿Se quiere por este medio levantar la bandera del comunismo, dirigir el encono y la animadversion contra el propietario solo porque lo es, y sujetarle á una nivelacion tan opuesta á la libertad y á la justicia, como asesina del trabajo? Hay ricos y pobres: ¿pero cuándo no los ha habido en el mundo? ¿En qué país son iguales todas las condiciones? ¿Se quiere hacer tambien al gobierno responsable de lo que es obra de la naturaleza ó de la fortuna? Pero se nos dice: “Esas comodidades y riquezas son el producto de recompensas, de los destinos y cargos públicos que el gobierno solo concede á sus amigos y sostenedores. ¿Y se intenta que los conceda á los que profesan opuestas opiniones y que incesantemente le combaten? ¿Se quiere que sea tan torpe que entregue la custodia y defensa de su principio de gobierno, de su sistema entero, á los hombres que mas ansían verle destruido y que mas trabajan por aniquilarle? No hay, no, predilecciones; hay solo prevision. No se obra por ciegos ó parciales instintos; se obedece solo á la ley de la conservacion y á la necesidad de confiarla á los que inspiran entera seguridad, porque están mancomunados en el mismo interés. Esta

es la verdad de las cosas y de los designios; y á la verdad debemos tomar por guia en nuestras discusiones, sin ceder jamas á la aparente fuerza de esos apóstrofes y de esos retratos que bosqueja solo el pincel de la exageracion.

Se quiere que los hombres opulentos vayan á las aldeas, y que allí registren con ojos compasivos la cabaña del pobre, la abyeccion y la miseria en que vejeta, para despues comparar aquellos asilos de la indigencia con los grandes y brillantes monumentos que se fabrican en la corte, y poder decir si dos mansiones tan diferentes son de la misma nacion, y si unos y otros habitantes son por la religion hijos del mismo padre. Yo tambien á mi vez deseo que esos declamadores apasionados vinieran á reconocer conmigo los edificios que tanto les escandalizan, porque entonces les diria: “Estas obras que asi anatematizais, nos hacen un lugar entre las naciones cultas, y seguir la marcha progresiva del siglo. Hace poco que nuestra capital era una morada incómoda para los extranjeros, que no hablaban de ella sino con desprecio, y hoy es buscada con afan y como residencia del gusto y de las artes. Millares de infelices que carecian de alimento porque carecian de trabajo, lo han encontrado en estas construcciones, y han tenido pan para sus desgraciadas familias, cuando antes tenian que demandarlo á la caridad extraña. Los que ya imposibilitados vagaban por las calles presentando el cuadro mas repugnante y alargando sus estenuadas manos en demanda de una limosna siempre insuficiente, se en-

cuentran hoy recogidos en alguno de esos establecimientos levantado por un sentimiento bienhechor; y en ellos han aprendido y ejercen una ocupacion proporcionada á su inteligencia y á sus fuerzas. La juventud y la laboriosidad abandonadas y por tanto miserables, hallaron una ocupacion honrosa y útil mientras se alzaron estas obras; y ahora que están concluidas, guardan no á la holganza que engendra el vicio, sino á la aplicacion que permiten la debilidad y la vejez. Preguntad á la humanidad y á la filosofía, preguntad á vuestros corazones si el dinero invertido podia tener un destino mas noble y recomendable, y alzad entonces el grito, si os atreveis, contra nuestro pensamiento y contra nuestra conducta.

Mas aparte de estas inversiones tan justificables por su objeto, se nos habla tambien del lujo, y se nos presenta como síntoma seguro de una decadencia próxima. En comprobacion de este presagio se hace hablar á la historia; pero esta es precisamente el testigo que mas altamente depone en nuestro favor. El siglo de Pericles en Grecia ha dejado por su brillo un renombre que no han podido eclipsar tantos años, cuyas densas sombras parecen agrupadas sobre aquel faro luminoso. Roma fué señora del mundo no tanto por sus ejércitos y por la fortuna de sus conquistas, cuanto por su lujo y por su esplendor que la hacian la reina entre todos los pueblos, porque colocado estaba en sus manos el cetro de la civilizacion, de la cultura y de las costumbres mas finas y mas elegantes; y hoy

mismo, las naciones mas concurridas, mas ricas, mas felices y mas envidiadas, son las que desuellan en esa línea, las que presentan á los ojos del viajero monumentos mas notables, y ofrecen á su existencia mas comodidades y placeres. La historia, pues, de lo pasado y de lo presente, unen su voz para justificarnos.

No tiene, [pues, el pueblo motivo para quejarse ni menos para enfurecerse á la vista del lujo de las clases opulentas, porque ese lujo produce el trabajo, dá continuo movimiento á las riquezas, y hace llegar hasta él los medios de subsistencia con el dinero que permanecería estancado, si la codicia ó la frugalidad lo tuvieran guardado constantemente en las gabetas de sus felices poseedores. Si los pueblos se quejan sin embargo de que los ricos se entreguen á gastos dispendiosos que para aquellos son el alimento y la vida, será igual á si se quejasen, porque el sol radiante sobre el horizonte derrama sobre ellos la luz y el calor, á si los humildes valles llevasen á mal que los elevados montes les enviasen arroyos y frescura, á si las bajas y estériles llanuras del Egipto clamasen contra el Nilo porque las fecundiza con sus periódicas desbordaciones.

Si alguna vez ese pueblo se alza contra lo que le favorece, y quiere como la serpiente de la fábula destrozar el seno bienhechor que le dá abrigo, justo será que pague su error y su ingratitude: justo será que se le reprima y escarmiente, antes de que con su furor insensato destruya á la sociedad, contra la cual se rebela.

Las circunstancias extraordinarias piden remedios extraordinarios tambien, é inútil sería apelar á la reflexion ó á medidas suaves para contener á un furioso que todo lo rompe y destorza en la exaltacion de sus vértigos. Un incendio no se apaga como una antorcha con un soplo, ó con solo obrar una ligera presion sobre su llama. En situacion tan crítica y tan apremiante, las leyes comunes y los tribunales establecidos para tiempos de serenidad y de calma serian un nuevo peligro mas bien que un escudo, porque con su marcha lenta y con sus formas dilatorias darian lugar á que la rebelion peleara y venciese, y el cuerpo político entero sería víctima de tan funesta lenidad. Se apellida á estos tribunales "de sangre," y aceptamos el nombre si con él se quiere significar no la poca que derraman, sino la mucha que economizan.

Anteponer la violencia á la justicia, la guerra á la paz, el desórden á la calma, la lucha al sosiego, y en una palabra, el interés anárquico de unos pocos al interés legal y bien entendido de todos, ese es el sistema de los hombres que atacan nuestra imparcialidad, nuestra prevision y nuestra fortaleza.

3. Legisladores, ya habeis oido mis teorías y fundamentos, y podeis compararlas con las que antes se han presentado en el debate. Creo que me será lícito presentir vuestro juicio y vuestra resolucion. Ya habeis visto que el gobierno no abusa en las elecciones, sino que usa para intervenir en ellas de un derecho que la nacion toda le ha transmitido al confiarle sus destinos y

sus esperanzas. Ya habeis visto que la seguridad personal se confunde con la facultad de atacar las instituciones, la sociedad y las garantías de todos sus miembros. Ya habeis visto que lo que se llama derecho de peticion y bajo este concepto se invoca, es realmente el derecho de atentacion, de reunirse para conspirar, y para preparar á la patria dias de lágrimas y de sangre. Ya habeis visto que mas bien que defender los principios de la imprenta, se desea hacer la apoteosis de sus abusos y de sus desmanes. Ya habeis visto que el lujo que se os presenta como el cáncer que nos lleva á la muerte, es el vehículo de la vida para los pueblos que se nutren y gozan á la sombra de ese fausto, porque empieza por poner la riqueza en circulacion, y por dar una participacion inmediata y notable en ella al agricultor, al fabricante, al comerciante, al literato y al artista. Ya habeis visto que si el pueblo tan favorecido en este sistema de esplendidez que de otra parte tanto eleva y recomienda á un pais, escupe ó muerde á la mano que le protege, es digno de que se le trate con severidad; porque á donde no alcanzan los medios suaves y pacíficos, deben ensayarse los violentos y duros de la fuerza. Ya habeis visto, por último, que los tribunales extraordinarios que se instalan en situaciones de tanto riesgo y angustia, son la egida de la libertad y del buen derecho, y no la segur homicida como se les llama para entregarlos á la pública execracion.

Permitidme que por un momento me entre-

que á mi imaginacion y á mis presagios, y mire en el espejo que ella me ofrece el triste cuadro de nuestras desgracias si llegasen á triunfar las ideas que he combatido. Ya no veo ni unas cámaras templadas, movidas solo por el sentimiento del deber, ni una nacion tranquila, ni una imprenta provechosa, ni un pueblo que vive por el trabajo. Veo por el contrario profanadas las urnas electorales; que en ellas tienen entrada no los mas merecedores, sino los mas osados ó los mas intrigantes; los malvados que esplotan el candor de sus comitentes para levantarse sobre sus hombros, y arrojar despues sobre su rostro desde la altura á que se colocan, la opresion, el insulto y el desprecio. Veo que en el silencio de las leyes y en la mudéz deplorable de la autoridad, la licencia se ostenta sin coto y sin freno, porque no ha habido una mano firme que la reprima en sazon. Veo que á la sombra del derecho de reunirse y de deliberar, los descontentos se aligan con la publicidad que si se asociaran para una fiesta, y disponen sus planes, y examinan y miden sus fuerzas, y dan el grito espantoso, y recorren las calles como una bacanal, llevando en la mano la tea incendiaria y el puñal ensangrentado. Oigo el rumor sordo é imponente de las turbas que recorren la poblacion, y del cual parten por intervalos gritos feroces que amedrentan y aterrorizan. La fuerza se opone á la fuerza, y despues de un combate fratricida resuena por los aires el himno de victoria que entona la rebelion sobre las armas que defendian la ley. A estos cantos de la sedicion

triumfante se unen los alaridos del que espira despues de haber sobrevivido á la horrible matanza: el llanto de la madre que ha perdido á su hijo; del padre que ha visto inmolar á su presencia al que á la vez servia de báculo y de consuelo á su vejez ahora abandonada, y el de la vírgen que teme ó sufre vergonzosos ultrajes á su pudor. A este punto nos llevaria sin duda el sistema disolvente que tanto se defiende y tanto se nos recomienda. En él no hay ni inmunidad para las leyes, ni seguridad para las personas, ni proteccion para las propiedades, ni salvaguardia para ningún derecho. En el nuestro la ley manda, el ciudadano obedece, el órden y el concierto reinan, la propiedad se ve garantida, y si algunos padecen porque sus planes y locas tentativas llaman sobre sus cabezas el justo y merecido castigo, los demas gozan tranquilos de la vida y de sus bienes, sin que tengan nada que temer de un régimen violento y trastornador.

Legisladores: á mi vez podré yo deciros con mas motivo que no pinto al capricho, sino que dibujo con rigorosa sujecion al cuadro que me sirve de modelo. No se crea, no, que mi fantasía aborte estos mōnstruos, y que sean las creaciones irrealizables de una imaginacion en delirio. Los males que he bosquejado caerian sin duda sobre nosotros, porque esta es la lógica ineludible de los hechos, esa la cadena fatal que liga los precedentes con las consecuencias, éste el funesto parentesco que hay siempre entre los efectos y las causas, ésta la índole del corazon

humano que camina remiso y perezoso hácia la virtud, pero que se lanza con una celeridad pasmosa á todos los crímenes cuando una vez ha roto el yugo de la ley y de su obediencia. ¿Quereis un parlamento creado por la intriga y que sea por su naturaleza destructor? Admitid las teorías que he combatido. ¿Quereis trastornos y males sin cuento? Sancionad la seguridad individual y el derecho de asociacion y de peticion tal cual le desean los que hoy combaten al gobierno. ¿Quereis entronizar la difamacion, la calumnia y todo el veneno que pueden transmitir en tipos rápidos y permanentes las páginas peligrosas de los periódicos? Dad á la imprenta los ensanches que nos demandan los ciegos apóstoles de su libertad. ¿Quereis un pueblo indigente y envilecido que por falta de trabajo vejete en el ocio y que en él adquiera los vicios de que el mejor preservativo es la ocupacion? Unid vuestra voz al clamoreo que otros levantan contra el esplendor y contra el lujo, á pesar de que desarrollan los talentos y las artes. ¿Quereis, mejor aconsejados y mas cuerdate advertidos, una situacion para nuestro pais de todo punto opuesta? Dad vuestro voto al sistema de gobierno y á los principios tutelares que yo he sustentado. A la vista teneis la libertad y la servidumbre; la ley y la arbitrariedad; la justicia y la violencia; el órden y la anarquía; el bien y el mal en una palabra. Poned vuestra mirada en el porvenir, vuestra mano sobre el corazon, y elegid en esta contienda.

